

## Introducción

El título de este libro es expresivo de la materia que trata: llamamos invento a todo aquello que el hombre ha sabido encontrar para hacerse con ello más llevadera la vida. Es voz procedente del latín *invenire* = hallar, a través del participio pasivo *inventum* = encontrado. Hay que tener en mente que no es lo mismo inventar que descubrir. Decimos que Isaac Peral inventó el submarino, y que el doctor Fleming descubrió la penicilina. El submarino no existía antes de que Peral lo creara; la penicilina, sí. Fleming se limitó a observar un fenómeno y aplicarlo luego. Peral creó algo que no existía. Inventar es hallar una cosa nueva. Descubrir es dar a conocer algo que era desconocido por estar hasta entonces cubierto o velado; averiguar una cosa que se ignoraba, destaparla para ponerla a la vista de todos. En cuanto al término 'cosa', el lector sabe que no tiene límites semánticos por su condición de palabra 'ómnibus', pero no obstante esa circunstancia a nadie se le escapa su extensión semántica. De hecho ¿qué hay, de qué nos rodeamos sino de cosas? Pero las cosas de que hablamos aquí no son cualesquiera cosas, sino esas cosas fruto de ideas geniales que ha tenido el hombre a lo largo de su historia, los pequeños inventos hijos de la necesidad, ya que el hombre ha sido dotado de un especial olfato que le lleva a descartar lo innecesario y sólo encuentra lo que de verdad le es útil. Por eso, del repertorio de cosas que aquí historiamos ninguna hay que no le haya rendido servicio extraordinario; ninguna es vana ni superflua. odas han supuesto una mejora en las condiciones de vida del hombre, y una alegría cuando fueron encontradas. Como los estudiantes de griego saben, eureka es la primera persona singular del pretérito perfecto de *eurisko* = hallar, encontrar. La tradición asegura que Arquímedes, del siglo III a.C. salió a la calle desnudo gritando esta palabra al descubrir el principio que lleva su nombre tras salir de la bañera. Las leyes físicas son descubrimientos que iluminan el conocimiento; las cosas de nuestra vida diaria, como las zapatillas o el reloj, son inventos o hallazgos felices. Piense el lector en ello y convendrá con nosotros en que cuanto aquí recogemos no sólo es digno de celebración sino también merecedor de que la Humanidad le erija un monumento. De hecho, muchos lugares lo han hecho:

Al calcetín, en Mataró.

A la bicicleta, en Eibar.

Al espárrago, en Aranjuez.

A los higos secos, en Fraga.

Al melón, en Colmenar Viejo.

A la tinaja, en Colmenar de Oreja.

A la mantequilla, en Soria.

A la paella, en Valencia.

Al tomate, en Canarias.

A la navaja, en Albacete.

A la sardina, en Santurce.

A la butifarra, en Vich.

A la fabada, en Asturias.

Al chorizo, en Cantimpalos.

Al porrón, en el Priorato.

No sorprende: para esas ciudades y regiones los inventos o mejoras introducidas en ellos supuso su entrada en la Historia. En otro tiempo, en vez de levantar monumentos se escribían sonetos, por eso, entre los que el Fénix de los Ingenios dedicó a mujeres hermosas, capitanes aguerridos, hombres de estado y sucesos de importancia no olvidó a los inventores de las cosas, como indica el soneto CXXXIV de los incluidos por Gerardo Diego en la edición que hace de las Rimas, de Lope de Vega:

Halló Baco la parra provechosa,  
Ceres el trigo, Glauco el hierro duro.  
Los de Lidia el dinero mal seguro,  
Casio la estatua en ocasión famosa,  
Apis la medicina provechosa,  
Marte las armas, y Nemrot el muro,  
Scitia el cristal, Galacia el ámbar puro,  
y Polignoto la pintura hermosa.  
Triunfos Libero, anillos Prometeo,  
Alejandro papel, llaves Teodoro,  
Radamanto la ley, Roma el gobierno,  
Palas vestidos, carros Ericteo,  
la plata halló Mercurio, Cadmo el oro,  
Amor el fuego y Celos el infierno.

Poética visión la que recoge el genial dramaturgo; visión particular que hace honor a la deuda que tenemos con el universo anónimo y pequeño de las cosas que nos hacen la vida llevadera, ya que en las grandes visiones del mundo, de la presencia del hombre sobre la Tierra solemos perder de vista lo que más cerca tenemos: las cosas con las que nos desenvolvemos en nuestro quehacer. Hablamos de lo divino y de lo humano, del cielo y de la tierra, de la vida y de la muerte, del saber y la belleza y entre tanta polvareda perdemos a don Beltrán, es decir, damos de lado en ese historiar el mundo a lo que de verdad hace la historia en la casa, en el campo, en el taller, en la soledad: las cosas nuestras de cada día. Decía Mark Twain que él conocía a muchos hombres que podrían vivir sin una filosofía determinada, pero que les sería imposible hacerlo sin sus botas ni su pipa. Un vecino mío de la valenciana villa de Alcira, siendo yo niño, afirmaba con rotundidad a mi padre: 'Don Manuel, a usted le sobra todo menos el piano; a mí, si he decirle lo que pienso, sólo echo de menos en la vida, cuando me falta, mi caña de pescar'. Si a mí me hubieran preguntado entonces qué invento prefería habría dicho que el del tirachinas. En ambos casos se trata de afirmaciones geniales de las que se desprende la importancia que tienen los objetos menudos, esos que pasan inadvertidos hasta que empieza a notarse su ausencia. Y eso es así porque el hombre no inventó las cosas al azar, sino con un propósito. No hay objeto pequeño a nuestro alrededor que no tenga una historia amplia y una peripecia compleja en lo que a su hallazgo se refiere. Después de todo, el hombre nunca ha buscado lo que no ha necesitado. De mis tiempos de profesor de Historia Comparada en la Universidad israelí del Negev, en Beer-Sheva, guardo con particular cariño la anécdota de un alumno que me preguntó: 'Profesor, sabemos lo que ha hecho el hombre a lo largo de los tiempos, e incluso sabemos por qué, pero ignoramos la historia y desarrollo posterior de las cosas, de qué se sirvió para llegar a ser lo que fue. Acaso la historia de sus descubrimientos e inventos sea la historia de la Humanidad...'

Tenía razón, la vida transcurre en contacto y trato directo con las cosas y sin embargo ¿quién ha pensado en su historia? Nadie. Por eso, a modo de homenaje y tributo a los objetos menudos que rodean nuestra vida conviene decir algo sobre su historia, y convenir con el filósofo: 'Cosa es todo aquello que tiene entidad, porque lo que no vale cosa, no vale nada'. Así pues, lector amigo, asómate con amor al mundo de lo que es pequeño, pormenor y menudo, te encarezco que recibas este libro con el cariño con que yo lo escribo para ti, y que en todo veas más que el interés que en mí suscitaron estas historias, la importancia intrínseca objetiva que de verdad tienen.